

tierra. La Descoings, que quería festejar la vuelta de aquel á quien llamaba ella hijo pródigo, aunque sólo á media voz, había preparado una excelente comida, á la que estaban convidados Claparón y Desroches el padre. Habían quedado en venir todos los amigos de la casa, y en efecto vinieron por la noche. Los convidados de José eran León Giraud, d'Arthez, Miguel Chrestien, Fulgencio Ridal y Bianchón, sus amigos del cenáculo. Dijo la Descoings á Bixiou, su pretendido ahijado, que los jóvenes jugarían á las cartas. Desroches, el hijo, á quien la férrea voluntad de su padre había convertido en licenciado en derecho, también acudió. Du Bruel, Claparón, Desroches y el abate Loraux estudiaron al proscrito, cuyos modales y porte groseros, cuya voz alterada por los licores, y cuya fraseología popular y mirada les asustaron. Así es que, mientras arreglaba José las mesas de juego, los más íntimos rodearon á Ágata y le preguntaron :

« ¿Qué cuenta usted hacer de Felipe? »

— No sé, contestó; pero no quiere servir á los Borbones.

— Muy difícil es encontrarle una colocación en Francia; si no vuelve al ejército, trabajo le costará conseguir un empleo, dijo el viejo du Bruel. No hay más que oírle hablar para convencerse de que no le quedará, como á mi hijo, el recurso de hacer fortuna con piezas de teatro.

Por el movimiento de ojos con que contestó Ágata, cada cual comprendió cuánto la preocupaba el porvenir de Felipe, y como ninguno de los amigos tenía nada que proponerle, todos guardaron silencio.

El proscrito, Desroches el hijo y Bixiou jugaron á las cartas. « Mamá Descoings, no tiene mi hermano dinero para jugar », vino á decir José al oído de la excelente mujer.

La accionista de la lotería real fué á buscar veinte francos y se los entregó al artista, quien los deslizó secretamente en la mano de Felipe. Llegaron los demás amigos, y José instaló otra mesa. Felipe se mostró mal jugador. Después de haber ganado mucho, perdió; y á eso de las once debía cincuenta francos á Desroches hijo y á Bixiou. El ruido y las disputas de la mesa de la gente joven molestaron más de una vez á los demás, que observaron de soslayo á Felipe. Dió el proscrito pruebas de tan detestable carácter, que, aunque el hijo de Desroches, que tampoco lo tenía bueno, llevaba razón en lo que discutían, su padre le prohibió que siguiera jugando; y lo mismo hizo la señora de Descoings con su nieto, el cual soltaba bromas muy finas que Felipe no entendía, y que, por lo tanto, ponían en peligro al joven.

« Debes de estar cansado, dijo Ágata al oído de su hijo, ven á acostarte.

— Los viajes forman la juventud », dijo Bixiou sonriéndose, cuando ya hubieron salido el coronel y su madre.

José, que se levantaba muy temprano y que no se acostaba tarde, no vió el final de la velada. Al día siguiente por la mañana, Ágata y la Descoings, al preparar el desayuno, pensaron que muy caras saldrían las veladas si continuaba Felipe jugando de aquella manera. La pobre vieja, que entonces tenía setenta y seis años, propuso vender sus muebles, despedir su cuarto, convertir en habitación suya el salón de Ágata, y la primera habitación en comedor para todos. De esa manera economizarían setecientos francos anuales. Semejante arreglo permitiría darle á Felipe cincuenta francos mensuales, mientras se colocaba. Ágata aceptó aquel sacrificio. Cuando bajó el coronel, y después de haberle preguntado su madre si estaba bien en su cuartito, las dos viudas le expusieron la situa-

ción de la familia. Entre las dos poseían cinco mil trescientos francos de renta, cuatro mil de los cuales, los de la Descoings, eran vitalicios. La Descoings le hacía seiscientos francos de renta á Bixiou, reconocido ya por nieto suyo, por ella misma, desde hacía seis meses, y seiscientos francos á José; el resto, unido á los recursos de Agata, eran empleados en los gastos de la casa. Todas las economías habían sido devoradas.

« Estad tranquilas, dijo el teniente coronel, voy á buscar una colocación, no seré una carga para vosotras; sólo pido, por ahora, plato y casa. »

Agata besó á su hijo, y la Descoings deslizó cien francos en la mano de Felipe para que pagara éste la deuda de juego de la vispera. En diez días, la venta de los muebles, la entrega del cuarto y el arreglo interior quedaron efectuados con esa celeridad que sólo es posible en París. Durante aquellos diez días, Felipe se marchó después de almorzar, volvió para comer, se volvió á marchar, y sólo á eso de medianoche regresó para acostarse. He aquí las costumbres de aquel antiguo militar: hacía limpiar su calzado en el puente Nuevo por los diez céntimos que le hubiera costado el seguir el puente de las Artes para ganar el Palais-Royal, en donde tomaba dos copitas de aguardiente leyendo los periódicos, ocupación que le embargada hasta las doce; á esa hora se encaminaba hacia la calle Vivienne y se metía en el café Minerva, en donde se hacía entonces política liberal y en donde jugaba al billar con antiguos oficiales. Ya que ganara ó que perdiera, absorbía Felipe tres ó cuatro copitas de varios licores, y fumaba puro tras puro mientras iba y venía. Después de haber fumado algunas pipas por la noche en la taberna holandesa, subía al juego á eso de las diez, y el mozo de sala le daba un naípe y un alfiler; preguntaba á algunos jugadores de profesión cómo

andaban la encarnada y la negra, y apuntaba diez francos en el momento más oportuno, sin jugar nunca arriba de tres golpes, aunque ganara. Cuando ganaba, cosa frecuente, tomaba un ponche y se marchaba hacia su bohardilla; pero entonces hablaba de matar á la gente del nuevo gobierno, y subía las escaleras cantando una canción bonapartista.

Su pobre madre, al oírle, decía:

« Esta noche está alegre Felipe. »

Y subía á besarle, sin quejarse del olor de los licores y del tabaco.

« ¡Debes de estar contenta de mí, querida madre! le dijo á fines de enero. Hago una vida ejemplar. »

Felipe había comido cinco veces en la fonda con antiguos compañeros. Aquellos antiguos soldados se habían comunicado el estado de sus asuntos, mientras hablaban de las esperanzas fundadas en la construcción de un barco submarino para libertar al emperador. Entre aquellos compañeros, Felipe distinguía especialmente á un viejo capitán de dragones de la guardia, llamado Giroudeau, en cuya compañía había hecho sus primeras armas. Aquel antiguo dragón fué causa de que Felipe completara lo que Rabelais llamaría el carro del diablo, añadiendo á la copita, al puro y al juego, una cuarta rúeda. Una noche, á comienzos de febrero, Giroudeau se llevó á Felipe, después de comer, al teatro de la Gaieté, á un palco dado á un periodiquillo teatrero que pertenecía á su sobrino Finot, y en el que él era cajero y otras cosas. Vestidos, según la moda de los oficiales bonapartistas que pertenecían á la oposición constitucional, de una amplia levita con cuello cuadrado, abrochada hasta la barbilla y que caía hasta los tacones, adornada con el distintivo de la Legión de honor, y armados de un junco con puño de plomo que una trenza

de cuero sujetaba á la mano, los dos exsoldados habían bebido más de lo regular y se abrían mutuamente sus corazones al entrar en el palco. Giroudeau designó á Felipe, en el escenario, una figuranta, regordeta y ágil, llamada Florentina, cuyos favores habían llegado á él, lo mismo que el palco, por la omnipotencia del periodiquillo.

« Pero, dijo Felipe, hasta dónde llegan los favores de esa chica para con un soldado ya canoso como tú? »

— Gracias á Dios, contestó Giroudeau, no he abandonado las antiguas doctrinas de nuestro glorioso uniforme : nunca he gastado un céntimo por una mujer.

— Me parece que exageras, objetó Felipe.

— Lo que te digo. Aquí para inter nos, mucho le debo al periódico en ese sentido. Mañana, en dos renglones, aconsejaremos á la administración del teatro que haga que baile la señorita Florentina. Hijo mío, soy muy feliz, dijo Giroudeau.

— ¡Hola! pensó Felipe, si el respetable Giroudeau, á pesar de su cráneo liso como una rodilla, sus cuarenta y ocho años, su vientre, su cara coloradota y su nariz de patata, es el amigo de una figuranta, yo debo ser el de la primera actriz de París.... Oye, Giroudeau, ¿y dónde se encuentran esas gangas?

— Luego te enseñaré el modo de pajejar de Florentina. Aunque mi Dulcinea sólo cincuenta francos mensuales cobra en el teatro, merced á un antiguo comerciante en sedas, llamado Cardot, que le da quinientos francos al mes, va bien vestida.

— ¡Hombre, hombre!... exclamó el celoso Felipe.

— ¡Bah! contestó Giroudeau, el amor es ciego. »

Después de la función, Giroudeau llevó á Felipe á casa de la señorita Florentina, que vivía á dos pasos del teatro, en la calle Crussol.

« Ojo, hay que observarse, le dijo Giroudeau

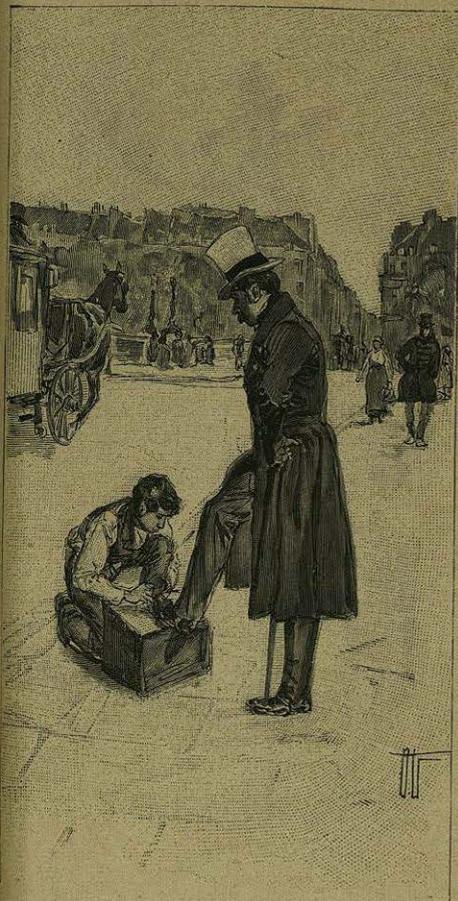
Florentina vive con su madre; como tú comprenderás, no me permite mi fortuna tenerle una madre de pega; de modo que la mujer esa es su verdadera madre. Dicha individua ha sido portera, pero no carece de inteligencia; se apellida Cabirrolle. Llámala « Señora », pues por nada afea el tratamiento. »

Florentina tenía aquella noche en su casa una amiga, una tal María Godeschal, hermosa como un ángel, fría como una bailarina, y además discípula de Vestris, quien le precedía los más altos destinos coreográficos. La señorita Godeschal, que entonces quería debutar en el Panorama Dramático con el nombre de Mariquita, contaba con la protección de un primer gentilhombre de la Cámara, á quien desde hacía tiempo debía presentarla Vestris. Éste, verde aún en aquel entonces, estimaba que todavía le quedaba por aprender á su discípula. La ambiciosa María Godeschal hizo famoso su seudónimo de Mariquita; pero su ambición fué muy legítima. Tenía un hermano, empleado de un procurador. Huérfanos y pobrísimos, pero queriéndose mucho, el hermano y la hermana habían visto la vida tal como es en París : él quería llegar á ser procurador para colocar á su hermana, y vivía con cincuenta céntimos diarios; y ella se había resuelto friamente á ser bailarina, deseando aprovecharse tanto de su belleza como de sus piernas para comprarle un estudio á su hermano. Fuera de su mutuo cariño, de sus intereses y de su vida común, nada les importaba. Aquel hermoso cariño, que nada había de alterar, explicaba el modo de ser de Mariquita á los que la conocían íntimamente. Los dos hermanos vivían entonces en el octavo piso de una casa de la calle Vieille-du-Temple. Mariquita se había puesto á trabajar á los diez años, y entonces tenía dieciséis primaveras. Pero por falta de ropa buena, su

belleza no podía ser adivinada sino por parisenses peritos en la caza de jovencuelas guapas y desgraciadas. Felipe se enamoró de Mariquita; ésta vió en aquél al comandante de dragones de la guardia, al oficial de ordenanza del emperador, al joven de veintisiete años y el placer de mostrarse superior á Florentina por la evidente superioridad de Felipe sobre Giroudeau. Florentina y Giroudeau, él para proporcionarle buenos ratos á su amigo, ella para darle un protector á su amiga, empujaron á Mariquita y á Felipe á que hicieran un *matrimonio morganático*, según se usa entre reyes y reinas. Al salir de aquella casa, el joven confió su miseria á Giroudeau; pero el viejo lagarto le dió buenas esperanzas.

« Hablaré de ti á mi sobrino Finot, le dijo. Mira, Felipe, ha llegado el reino de los paisanos y de la pluma; hay que someterse; hoy día, la tinta sustituye la bala. Después de todo, esos cangrejos de redactores son gente agradable. Ven á verme mañana al periódico, ya le habré hablado de ti á mi sobrino. Dentro de algún tiempo tendrás un puesto en un diario cualquiera. Mariquita, que te toma ahora (no te ilusiones) porque no tiene nada, ni contrata, ni posibilidad de debutar, y á la que he dicho que ibas á tener un puesto como yo en un periódico, Mariquita, digo, te probará que te ama por tu propia persona, y tú lo creerás. Haz como yo, procura que quede de figuranta el mayor tiempo posible. Tan enamorado estaba, que tan pronto como quiso bailar sola le pedi á Finot que la hiciera debutar; pero mi sobrino me contestó : « ¿ Tiene talento, verdad? Bueno, pues el día que llegue á bailar sola, aquel día te planta en la puerta de la calle ». Ya conocerás á Finot, y verás qué mozo despabilado. »

Al día siguiente, á eso de las cuatro, estaba Felipe en la calle del Sentier, en un reducido



entresuelo en donde vió á Giroudeau metido en una especie de jaula, cual fiera peligrosa : un calorífero bastante pequeño, dos sillitas y leña aserrada en trozos menudos. Aquel cuchitril lo realzaba un letrero que con letras negras impresas decía : *Abonos*; y también, pero con letras manuscritas : *Caja*. Á lo largo de la pared que hacía frente á la jaula del capitán, extendíase un banco en el que á la sazón estaba almorzando un inválido que tenía un brazo menos, llamado por Giroudeau *Coloquintida*, sin duda por el color egipcio de su cara.

« ¡Muy lindo! dijo Felipe examinando la pieza. ¿Y qué haces aquí, tú que tomaste parte en la carga dada en Eylau por el pobre coronel Chabert? ¡vaya, hombre, vaya!..

— Bueno, sí, lo que tú quieras; aquí tienes á un antiguo oficial superior haciendo recibos de periódico. Y además, soy editor responsable de las majaderías que contiene esta hoja, añadió designando el periódico.

— Y yo, que he estado en Egipto, ahora hago recados, dijo el inválido.

— ¡Silencio, Coloquintida! dijo Giroudeau, eres un valiente que llevó las órdenes del emperador en la batalla de Montmirail.

— ¡Presente! exclamó Coloquintida; allí fué donde dejé el brazo que me falta.

— Coloquintida, guarda la oficina, subo á ver á mi sobrino. »

Los dos antiguos militares se fueron al cuarto piso, á una habitación abohardillada, en el fondo de un pasillo, donde hallaron á un joven de ojos claros y fríos, echado sobre un mal sofá. No se movió el paisano, contentándose con ofrecer puros á su tío y al amigo de su tío.

« Amigo mío, le dijo con tono suave y humilde Giroudeau, este es el valiente jefe de

escuadrón de la guardia imperial de quien te he hablado.

— ¿Y qué desea? dijo Finot mirando de arriba abajo á Felipe, que perdió toda su energía, como Giroudeau, ante aquel periodista.

— Hijo mío, dijo Giroudeau que quería echárselas de tío, el señor ha vuelto de Texas hace poco.

— ¡Ah! ¿conque también usted creyó en eso de Texas, en el Campo de Asilo? muy joven era usted aún, sin embargo, para hacerse *soldado labrador*. »

Lo acerbo de esta broma sólo pueden comprenderlo aquellos que recuerdan el diluvio de grabados, de biombos, de relojes de mesa, de bronce y de yesos á que dió lugar la idea del soldado labrador, imagen de la suerte de Napoleón y de sus valientes y que acabó por engendrar varias piecicillas de teatro. Dicha idea produjo lo menos un millón. Aún se ven soldados labradores en papeles pintados, en algunos apartados rincones de provincia. Si no hubiese sido, aquel joven, sobrino de Giroudeau, Felipe lo hubiera abofeteado.

« Si, creí, en eso y he perdido doce mil francos y tiempo, repuso Felipe tratando de esbozar una sonrisa.

— ¿Y sigue usted queriendo al emperador? preguntó Finot.

— Es mi dios, contestó Felipe.

— ¿Es usted liberal?

— ¡Siempre seré de la oposición constitucional! ¡Oh Foy! ¡oh Manuel! ¡oh Laffitte! ¡esos son hombres! Nos quitarán de encima á esos miserables, venidos con el extranjero.

— Pues bien, repuso friamente Finot, menester es sacar partido de su desgracia, pues es usted una víctima de los liberales, amigo mío... Siga siendo liberal, si tal es su opinión; pero amenace

usted á los liberales con revelar las torpezas de Texas. ¿Á usted no le han dado un céntimo de la suscripción nacional, verdad? Bueno, pues está usted en magnífica situación; pida cuenta de la suscripción. He aquí lo que le sucederá : se está creando un nuevo periódico de oposición, bajo el amparo de los diputados de la izquierda; será usted su cajero, con tres mil francos mensuales, es decir, una colocación eterna. Basta con que se proporcione usted veinte mil francos de fianza; encuéntrelos, y antes de ocho días tiene usted su colocación. Yo aconsejaré que le tapen la boca dándole ese puesto; pero grite usted, grite cuanto pueda. »

Dejó Giroudeau que Felipe, que se confundía en frases de agradecimiento, bajara algunos pelotillos, y le dijo á su sobrino :

« ¡Hombre, tienes unas cosas!... ¿De modo que á mi sólo me das mil doscientos francos de sueldo?...

— No tiene el periódico un año de vida, contestó Finot. Para ti hay algo mejor.

— ¡Caracoles, vaya un mocito, el sobrino de usted! dijo Felipe á Giroudeau. En efecto, no había yo pensado en sacar partido de mi situación. »

Por la noche, en el café Lemblin y en el café Minerve, el coronel Felipe chilló contra el partido liberal, que hacía suscripciones, que enviaba la gente á Texas, que hablaba hipócritamente de los soldados labradores, que dejaba sin socorro á los valientes, después de haberles comido veinte mil francos y haberlos paseado durante dos años.

« Voy á pedir cuenta de la suscripción para el Campo de Asilo », le dijo á uno de los parroquianos del café Minerve, el cual lo repitió á periodistas de la oposición.

No fué Felipe á la calle Mazarine, sino á casa

de Mariquita, para anunciarle la noticia de su futura colocación en un diario que iba á tener diez mil abonados, y en él que sería ella muy apoyada. Ágata y la Descoings esperaron á Felipe, muertas de miedo, pues acababa de ser asesinado el duque de Berri. Al día siguiente, llegó el coronel momentos después del almuerzo; al decirle su madre lo inquietas que habían estado, se enfadó y preguntó si era mayor de edad.

« ¡Conque os traigo buenas noticias y tenéis esas caras de entierro! ¿De modo que ha muerto el duque de Berri? Pues me alegro, uno menos. Yo voy á ser cajero de un periódico con tres mil francos de sueldo : vais, pues, á estar fuera de apuro, por lo menos en cuanto á mi toca.

— ¿Es posible? dijo Ágata.

— Lo será si podéis reunirme una fianza de veinte mil francos; basta con que depositéis vuestra inscripción de renta de mil trescientos francos; seguiréis cobrando los intereses.

Tan contentas se pusieron las dos viudas, que desde hacía dos meses no sabían qué hacía Felipe, y que se preguntaban cómo y en qué podrían colocarlo, que olvidaron las catástrofes del momento. Por la noche, el viejo du Bruel, Claparón, que se moría á pedazos, y el inflexible Desroches padre, los *Sabios de la Grecia*, fueron unánimes : aconsejaron á la viuda que prestara la fianza deseada. El diario, que por fortuna se había constituido antes del asesinato del duque de Berri, evitó el golpe con que por entonces hirió Decazes á la prensa. Quedó depositada la fianza para Felipe, el cual fué nombrado cajero. Este buen hijo prometió en el acto dar cien francos al mes á las dos viudas por la casa y la comida, y fué proclamado el mejor de los hijos. Los que habían augurado mal de él felicitaron á Ágata.

« Lo habíamos juzgado mal », dijeron.

El pobre José, para no ser menos que su hermano, trató de bastarse á sí mismo, y lo consiguió. Tres meses después, el coronel, que comía y bebía sin tasa, que se mostraba exigente, y que, so pretexto de que pagaba bien, obligaba á las dos mujeres á gastos de mesa, no había dado todavía un céntimo. Ni su madre ni la Descoings querían, por delicadeza, recordarle su promesa. Pasó el año sin que vieran dinero suyo. Verdad es que, respecto del particular, el coronel había calmado los escrúpulos de su conciencia : rara vez comía en casa.

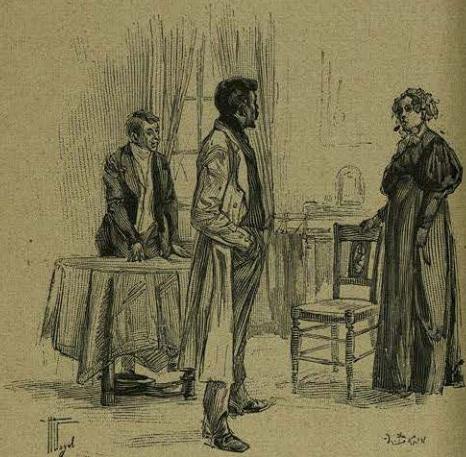
« ¡Por fin ya es feliz, ya está tranquilo, dijo su madre; tiene una colocación. »

Por la influencia del folletín que redactaba Vernou, amigo de Bixiou, de Finot y de Giroudeau, pudo Mariquita debutar, no en el Panorama Dramático, sino en la Porte-Saint-Martin, en donde obtuvo éxitos al lado de la Begrand. Entre los directores de aquel teatro había un rico y fastuoso oficial general, enamorado de una actriz, y que por ella se había hecho empresario. En París siempre hay hombres enamorados de actrices, de bailarinas y de cantatrices, que por amor se hacen directores de teatro. Dicho oficial general conocía á Felipe y á Giroudeau. Con ayuda del periodiquillo de Finot y del de Felipe, el debut de Mariquita fué asunto tanto más prontamente arreglado entre los tres oficiales, cuanto que parece que sean solidarias las pasiones tocante á locuras. No tardó el malicioso Bixiou en decirles á su abuela y á la devota Ágata que el cajero Felipe, el valiente de los valientes, amaba á Mariquita, la célebre bailarina de la Porte-Saint-Martin. Dicha noticia, que ya era historia antigua, fué como un trueno para las dos viudas : por de pronto, las ideas religiosas de Ágata le hacían creer que las mujeres de teatro eran teas del

infierno; y luego, á ambas les parecía que dichas mujeres vivían de oro, bebían perlas y arruinaban las mayores fortunas.

« Bueno, ¿y qué? dijo el pintor á su madre: supongo que no le dará mi hermano dinero á Mariquita; esas mujeres sólo arruinan á los ricos.

— Ya se habla de que entre Mariquita en la



Ópera, dijo Bixiou. Pero no se apure usted, señora de Bridau, que ya frecuenta el cuerpo diplomático la Porte-Saint-Martin, y no estará mucho tiempo con su hijo de usted esa mujer. Ya se dice que un embajador está enamorado de la bailarina. Otra noticia: Claparón ha fallecido; mañana es el entierro, y su hijo el banquero, que nada en oro, ha encargado un servicio fúnebre de última clase. Carece de educación el chico ese....»

Propúsole Felipe á la bailarina, por codicia, el casarse con ella; pero en vísperas de entrar en la Ópera, la joven rehusó, ya porque adivinara las

intenciones del coronel, ya porque comprendiera cuán necesaria le era la independencía para hacer fortuna. Durante el resto de aquel año, apenas si fué dos veces al mes Felipe á ver á su madre. ¿Dónde estaba? ¿En su oficina, en el teatro ó en casa de Mariquita? Nada pudieron saber las dos mujeres. Giroudeau, Finot, Bixiou, Vernon y Lousteau le veían hacer vida de placeres. Tomaba



parte Felipe en todas las diversiones de Tulia, una de las primeras bailarinas de la Ópera; de Florentina, que substituyó á Florentina en la Porte-Saint-Martin; de Florina y de Matifat, de Coral y de Camusol. Desde las cuatro, hora en que salía de su oficina, se divertía hasta medianoche; pues siempre había alguna juerga proyectada desde la víspera: comida, juego, etc. Entonces vivió Felipe como en su elemento. Aquel carnaval, que duró dieciocho meses, tuvo sus lunares. La hermosa Mariquita, desde que debutó en la Ópera, en enero de 1821, sometió á sus antojos á uno de los más

brillantes duques de la corte de Luis XVIII. Trató Felipe de luchar contra el duque; pero, á pesar de alguna suerte en el juego, se vió precisado, al efectuarse los renuevos de abril, á tomar dinero de la caja. En mayo debía once mil francos. En aquel mes fatal, Mariquita se fué á Londres, para explotar á los lores, mientras se edificaba la sala provisional de la Ópera, en el hotel Choiseul, calle Le Peletier. Había llegado el desdichado Felipe, cual suele ocurrir, á amar á Mariquita á pesar de sus descaradas infidelidades; pero nunca vió ella en aquel joven sino al militar brutal y sin talento, un primer escalón en el que no quería detenerse mucho.

Así es que, previendo el momento en que ya no tendría dinero Felipe, supo la bailarina conquistar apoyos en el periodismo, los cuales la permitían despedir al coronel; sin embargo, fué agradecida, cual suelen serlo esas mujeres, para el primero que, por decirlo así, les había allanado las dificultades de la horrible carrera teatral.

Obligado á dejar que se marchara á Londres su tremenda querida, sin poder irse detrás de ella, volvió Felipe á sus cuarteles de invierno, según su expresión: regresó á su bobardilla de la calle Mazarine; sombrías reflexiones le embargaron, al levantarse y al acostarse. Comprendía que no podía menos de vivir como vivía desde hacía un año. El lujo da casa de Mariquita, las comidas y las cenas, las veladas entré bastidores, la animación de los periodistas y demás gente alegre é inteligente, la cierta notoriedad que había él adquirido, todas las caricias que de esto resultaban, tanto para los sentidos como para la vanidad, una vida que sólo en París es posible, y que cada día ofrece algo nuevo, todo esto resultaba ya para Felipe algo más que una costumbre; resultaba una necesidad, lo mismo que su tabaco y sus copitas.

Por eso se dió cuenta de que no podía vivir sin todos aquellos goces. Pensó en el suicidio, no por el dinero tomado en la caja, sino por la imposibilidad de vivir con Mariquita y en la atmósfera de placeres en que nadaba desde hacía un año. Invasado por tan tétricas ideas, fué por primera vez al estudio de su hermano, al que halló trabajando, con blusa azul: copiaba un cuadro para un comerciante.

«¿De modo que así es cómo se hacen los cuadros?» dijo Felipe para entrar en conversación.

— No, así es cómo se copian.

— ¿Qué te dan por eso?

— Nunca lo suficiente: unos doscientos cincuenta francos, pero estudio á los maestros, me instruyo, y penetro los secretos del oficio. Ahí está uno de mis cuadros, añadió, indicándole con la punta de su pincel un esbozo cuyos colores estaban húmedos aún.

— ¿Y qué sacarás en limpio este año?

— Por desgracia, sólo me conocen los pintores. Me apoya Schinner, quien ha de proporcionarme ocupación en un castillo particular, adonde iré en octubre próximo, para pintar algunas cosas. Con tales *chapeuces*, y con encargos de tratantes en cuadros, podré llegar á ganarme entre mil ochocientos y dos mil francos, después de pagados todos los gastos. En la próxima Exposición presentaré ese cuadro; si gusta, mi vida está resuelta. A mis amigos les gusta mucho.

— No entiendo una palabra, dijo Felipe con vez suave que obligó á José á mirarle.

— ¿Qué tienes? le preguntó el artista, que notó que estaba pálido.

— Quisiera saber cuánto tiempo necesitarías para hacer mi retrato.

— Pues no dejándolo de la mano, y si ayuda el tiempo, unos tres ó cuatro días.

— Lo siento, pues no dispongo más que de hoy. Tanto me quiere mi pobre madre que quería darme mi retrato. No hablemos más de eso.

— ¿Qué, te vas otra vez?

— Me voy para no volver, dijo Felipe con forzada alegría.

— Vamos, Felipe, á ti te pasa algo. Ya soy un hombre; mi vida es una lucha continua; y cuenta con que nadie sabrá lo que me confies.

— ¿De veras?

— Te lo juro por mi honor.

— ¿No dirás nada á nadie... á nadie?

— Á nadie.

— Bueno, pues me voy á saltarme la tapa de los sesos.

— ¡Cómo, tienes algún duelo!

— Voy á matarme.

— ¿Y por qué?

— He tomado once mil francos en mi caja, por lo cual quedará reducida de mitad mi fianza; nuestra pobre madre tendrá que atenerse á seiscientos francos de renta. Eso, poco importa, pues más tarde podré devolverle una fortuna; pero estoy deshonrado... Y no puedo vivir en la deshonra.

— No quedarás deshonrado si restituyes, mas perderás tu empleo; sólo te quedarán los quinientos francos de tu cruz, y con quinientos francos puede vivir un hombre.

— ¡Adiós! » dijo Felipe, que rápidamente bajó la escalera, sin querer oír más.

Salió José de su estudio y se fué con su madre, para almorzar; pero la confidencia de Felipe le quitó el apetito. Se llevó aparte á la Descoings y le anunció la tremenda noticia.

Lanzó un grito la pobre vieja y soltó una cazuela llena de leche, cayendo ella sobre una silla. Acudió Ágata. De exclamaciones en exclamaciones, llegó la madre á conocer la horrible verdad.

« ¡Él, faltar á las leyes del honor, él, un hijo de Bridau, tomar dinero de una caja que le ha sido confiada! »

Se puso la viuda á temblar, sus ojos se agrandaron, su mirada tomó imponente fijeza, se sentó y se deshizo en lágrimas.

« ¿Dónde está? exclamó en medio de sollozos. ¡Quizá haya ido á tirarse al Sena!

— No hay que desesperarse, dijo la Descoings, porque haya dado el chico con una mala mujer que le haya trastornado el seso. Esas cosas son frecuentes. Tantas desdichas ha tenido Felipe, tan pocas ocasiones se le han ofrecido de verse feliz y amado, que no es de extrañar su pasión por esa mujer. Todas las pasiones conducen á hacer excesos. Tengo en mi vida un desliz de ese género, y no obstante me creo una mujer honrada. Una sola culpa no constituye vicio. Y además, sólo aquellos que nada hacen son los que no se equivocan. »

Tal era la desesperación de Ágata, que tuvieron la Descoings y Felipe que atenuar la falta de Felipe, diciéndole que en todas las familias hay historias por el estilo.

« Pero ya tiene veintiocho años, objetaba Ágata, ya no es un niño. »

Palabra terrible y que revela cuánto le preocupaba la conducta de su hijo.

« Te aseguro, mamá, que no pensaba en todo el daño que te está haciendo.

— ¡Que vuelva, Dios mío, que vuelva; que viva, y todo se lo perdono! » exclamó la pobre madre, que veía en imaginación á su hijo retirado muerto del agua.

Tétrico silencio reinó por espacio de algunos instantes. Transcurrió el día en medio de las más crueles alternativas. Los tres se asomaban á la ventana del salón tan pronto como oían el menor ruido, y se perdían en conjeturas. Mientras así se

desesperaba su familia, Felipe lo ponía todo en orden en su caja; tuvo la audacia de entregar cuentas diciendo que, por temer alguna desgracia, los once mil francos los tenía en su casa. Salió el granuja á las cuatro tomando otros quinientos francos y sin la menor emoción se fué á una casa de juego : no había jugado desde que fué nombrado cajero, no ignorando que un cajero no debe jugar. No carecía de cálculo el tal individuo; además, su conducta posterior probará que más salía á su abuelo Rouget que á su virtuoso padre. Acaso hubiese hecho un buen general; pero en su vida privada fué uno de esos pillos que amparan sus empresas y sus malas acciones bajo la legalidad y la familia. Felipe conservó toda su sangre fría en tan ardua empresa. Primero llegó á ganar seis mil francos; pero se dejó deslumbrar por su deseo de acabar de un golpe : dejó el treinta y cuarenta al saber que la ruleta negra acababa de pasar dieciséis veces; jugó cinco mil francos á la encarnada, y otra vez asomó la negra. Entonces puso el coronel su billete de mil en la negra y ganó. Á pesar de aquel inesperado favor de la suerte, tenía la cabeza cansada, y aunque notaba su cansancio, quiso continuar; más ya tenía alterado ese sentido de adivinación que inspira á los jugadores. Hubo intermitencias, que son la pérdida de los jugadores. La lucidez, lo mismo que los rayos del sol, no produce efecto sino por la línea recta : no adivina sino á condición de que no se desvíe la mirada; el cabrilleo de la suerte la enturbia. Felipe lo perdió todo. Después de tan tremendas pruebas, tanto el alma indiferente como la intrépida, decaen. Por eso, al regresar á su casa, pensaba Felipe tanto menos en el suicidio cuanto que nunca quiso matarse. Ya no pensaba ni en su colocación perdida, ni en la fianza, ni en su madre, ni en Mariquita, la cual era causa de su ruina; andaba

maquinalmente. Cuando entró, su madre, llorosa, la Descoings y José se abrazaron á él y con júbilo lo llevaron junto á la lumbre.

« La amenaza de suicidio ha producido efecto », pensó.

Aquel monstruo puso una cara tanto más triste cuanto que la refriega del juego la había sacudido de firme. Al ver pálido y acojonado á su repugnante Benjamín, la pobre madre se puso de rodillas, le besó las manos, las puso sobre su corazón, y por largo rato lo estuvo mirando, anegada en llanto.

« ¡Felipe, le dijo con voz ahogada, prométeme no matarte; todo lo olvidaremos!

Miró Felipe á su hermano enternecido, á la Descoings algo llorosa, y se dijo :

— ¡Qué buenos son!

Tomó entonces en brazos á su madre, la alzó del suelo, la sentó sobre sus rodillas, la estrechó contra su corazón, y le dijo al oído besándola :

— ¡Me das una segunda vida!

Halló medio la Descoings de servir una excelente comida, añadiendo dos botellas de vino bueno, y un poco de cierto licor que aún le quedaba.

— Ágata, hay que dejarle fumar sus cigarros, dijo la vieja después de los postres.

Y ofreció puros á Felipe.

Habían imaginado las dos infelices que, mimando al monstruo en todos sus gustos, se aficionaría á la casa y no correría; y ambas hicieron por acostumbrarse al humo del tabaco, el cual les repugnaba. Ni siquiera se dió cuenta Felipe de tamaño sacrificio... Al día siguiente, Ágata había envejecido de diez años. Después de calmada su zozobra, la desdichada reflexionó, y no pudo pegar los ojos durante toda la noche. Iba á quedar reducida á seiscientos francos de renta. Cual todas las mujeres gordas y golosas, la Descoings, que padecía una

tos rebelde, se hacía pesada; su paso retumbaba en la escalera como leñazos; de modo que podía morir el día menos pensado, y con ella desaparecerían cuatro mil francos. ¿No era ridículo contar con aquel recurso? ¿Qué hacer? ¿Qué intentar? Decidida á meterse á enfermera antes que ser una carga para sus hijos, Ágata no pensaba en ella; mas ¿qué haría Felipe reducido á los quinientos francos de su cruz de oficial de la Legión de honor? Desde hacía once años que daba la Descoings tres mil francos anuales, había casi pagado dos veces su deuda, y seguía inmolando los intereses de su nieto á los de la familia Bridau. Aunque aquel horrible desastre ajaba todos los sentimientos de probidad y de rigor de Ágata, se decía :

— Pobre chico, ¿es acaso culpa suya? es fiel á sus juramentos. Yo he hecho mal en no casarlo. Si le hubiese encontrado una mujer, no se habría enredado con esa bailarina. Es tan robusto...

También la antigua tendera había pensado, durante la noche, en la manera de salvar la honra de la familia. Al amanecer se levantó y se fué al cuarto de su amiga.

— Ni á usted ni á Felipe toca el arreglar tan delicado asunto, le dijo. Si han fallecido nuestros antiguos amigos du Bruel y Claparón, aún vive Desroches padre; iré á verle hoy. Dirá Desroches que Felipe ha sido víctima de su confianza en un amigo, y que su debilidad de carácter, respecto del particular, le impide encargarse de una caja. Lo ocurrido hoy, puede recomenzar; preferirá Felipe hacer dimisión y no será despedido.

Al ver Ágata que aquella mentira ponía á salvo la honra de su hijo, siquiera á los ojos de los extraños, besó á la Descoings, la cual salió para arreglar aquel asunto. Felipe, cual un justo, no se había despertado en toda la noche.

— Tiene correa la vieja, dijo sonriéndose, al notificarle su madre el por qué del retraso del almuerzo.

El viejo Desroches, el último amigo de las dos pobres mujeres, y que, á pesar de la dureza de su carácter, no olvidaba que había sido colocado por Bridau, cumplió, cual consumado diplomático, la delicada misión que le confió la Descoings. Vino á comer con la familia, dijo á Ágata que fuera á firmar, al día siguiente, al tesoro, calle Vivienne, la transferencia de la parte de la renta vendida, retirando después el cupón de seiscientos francos que le quedaba. No se marchó de aquella desolada casa el antiguo empleado sin antes haberle hecho firmar á Felipe una solicitud al ministro de la guerra, en la que pedía volver al ejército. Prometió Desroches á las dos mujeres que estaría á la mira, y que además aprovecharía el triunfo del duque sobre Felipe para obtener la protección de dicho magnate.

— Antes de tres meses será teniente coronel en el regimiento del duque de Maufrigneuse, y os veréis libres de él.

Marchóse Desroches colmado de bendiciones de aquellas dos mujeres y de José. En cuanto al periódico, dos meses después, según las predicciones de Finot, dejó de existir. Así pues, ningún alcance tuvo, para los extraños, la falta de Felipe. Pero muy honda fué la herida que recibió la maternidad de Ágata. Perdida ya la confianza en su hijo, siguió viviendo en medio de continuas alarmas, feliz cuando pasaban días no marcados por disgustos.

Cuando hombres dotados del valor físico, pero cobardes é innobles en lo moral, cual era Felipe, han visto seguir su curso normal la vida después de una catástrofe en la que dejaron su moralidad, las blanduras de la familia ó de los amigos son para ellos como una incitación á nuevas hazañas.